

Tecnología e imagen. La des-historización por los medios o los factores actuales del riesgo humano.

Breno Onetto Muñoz
Universidad Austral de Chile

Resumen:

La cultura en que vivimos es una cultura mediática administrada y abastecida en lo principal desde los medios masivos de la radio y la tv, pero que también comparten su masividad con las nuevas redes sociales y sobretodo la gran red mundial de la comunicación. A pesar de ello, su determinación sobre el hombre histórico de código principalmente escritural, en el siglo XIX, es radical: los nuevos medios y la imagen como nuevo código dominante lo des-historizan y lo configuran de tal manera que lo alejan del hombre verdaderamente humano acercándolo mucho más a la máquina y su lógica maquina.

Palabras claves: Técnica, poshistoria, medios masivos, imagen, código de comunicación

Abstract:

The culture that we have to live is a media culture managed and stocked in the main from the mass media of radio and tv, but who also share his arena with the new social networks and especially the large global network of communication. In spite of this, his determination on the historical man of scriptural code mainly, in the nineteenth century, it is radical: new media and the image as the new dominant code as des-historiced and configured in such a way that diminishes the man truly human closer much more to the machine and its logic unthinkingly.

Keywords: Technik, posthistory, mass-media, image, communications codes

Y, sin embargo, nos hallamos, en efecto, conectados con los medios no de una forma política. Cuando queremos hacernos de una imagen del mundo ya no vamos al espacio público, sino que miramos televisión.
(Flusser 2009)

La cultura que ingresa a partir de los medios no está basada en el hombre.
(Pelegrini 2012)

Prólogo

En lo que sigue me ocuparé de analizar, pero además de enfocar una forma de relacionarnos con los nuevos medios de comunicación actuales y, en lo particular, la relación de estos con el acontecer histórico. Entendiendo a esta relación implicada con aquella otra mayor, cual es, la de las nuevas tecnologías y las determinaciones que desde ellas se nos imponen de una forma subrepticia, transformando de manera poco evidente nuestro inmediato vivir, pero que son las que están afectando en gran medida al mundo del hombre contemporáneo. Pues bien, todo lo que sabíamos del mundo, en el siglo XIX, no lo conocimos si no gracias al relato que se difundió o se publicó substancialmente de todo aquello por algún medio escrito: relatos que se constituyeron en la historia y la cultura escrita de ese nuestro mundo. Con todo, lo que actualmente se nos impone como experiencia de mundo viene dado ya casi exclusivamente por los aparatos técnicos y las imágenes mediáticas superpuestas que de ellos salen. Lo que nos deja absortos en un ámbito de continuo presente de mundo, en una ráfaga de percepciones que no se ordenan fácil- y necesariamente en la memoria personal o la historia colectiva que antes creíamos (o parecíamos) tener bajo control, sino que nos empuja más bien a proseguir

con el ajeteo de su por momentos des-historizado devenir o su simple falta de sentido ¿Qué es lo que no hace sentido completamente ahora? –deberíamos de preguntar. Este movimiento es el cuestionado aquí, y parecería –tal es la tesis que ahora sugiero- que no responde, la mayor parte de las veces, a una cultura o una toma de decisión propia o humana, pues -como ha dicho Anders-, y así lo solemos oír por estos días, las decisiones casi no son humanas, sino más bien técnicas (ANDERS, 2011, vol.2, p. 292). Lo que responde, en efecto, a una actitud negativa del hombre respecto de su propio ser y no a un verdadero y efectivo devenir comunicacional, abocado actualmente mucho más a la interconectividad de los mismos canales que a la comunicación real (FLUSSER, 2009). Para desarrollar lo anterior quisiera destacar al menos tres momentos en este el análisis, que han de servir de bitácora de esta lectura:

a) El primero responde a un estado de cosas respecto a la hegemonía de la técnica hoy, un momento determinado por el saber técnico que nos controla y sujeta bajo un pensamiento tecno-cientificista soberano e ineludible (en especial, aquel de las ciencias biológicas, las ciencias económicas u administrativas y las ciencias informáticas, y que exige, por ejemplo, entre otras cosas, el permanente crecimiento y progreso económico) y, junto a ello, el auge de la actual cultura visual presente a partir del imperio hegemónico en el mundo de los modernos medios de comunicación masiva, de las redes electrónicas mundiales o de los cables interconectados globalmente que han perforado ya todo el antiguo aparato público y, en definitiva, también, el espacio de lo político, y esto último de una manera nuclear; esto es, han desplazando el protagonismo del espacio público en la ciudad, tornándolo ahora superficial e insignificante en su antigua funcionalidad. Espacio, que no ha desaparecido, pero sí se ha transformado. Porque ya nada importante pasa por ahí, por el foro o la plaza pública de antaño, porque sus armas disuasorias no significan al parecer nada importante.

Pero, si no existe un contrapunto entre el espacio privado y el público de la res pública, ya no tiene nada que hacer la política (FLUSSER, 1997). Ahora bien, esto mismo vale también para el espacio privado, lo nacional, lo patrio y la casa, el que es igualmente perforado por un ingente número de cables o extensiones electro-magnéticas comunicacionales (la radio, el cable televisivo, telefónico y de la red mundial, en definitiva) y que llega hoy con ese cariz también al espacio privado, a nuestras respectivas casas. Pero lo que llega en este caso no es nada público -o lo es solamente en apariencia, como máscara y teatro-, sino un huracán de emisiones mediáticas, de modelos de vivencias, estéticas masivas, o modelos de conducta mixtos o igualmente desfigurados en su asegurada objetividad, puesto que se imponen desde los aparatos. Todo lo anterior de ha descrito ya como el inicio de una revolución en las comunicaciones, y que surge desde lo transmitido por las emisoras privadas (o las “abiertas”) de manera “imperativa” y mono-direccional, como lo hicieran otrora también y desde otro código, el impreso (o escritural), los modelos y razonamientos ideológico-políticos y epistémicos de la moderna sociedad industrial en el siglo XIX, p. ej.,. Se trata, ahora, entonces, todavía, del auge y hegemonía de la estructura de los aparatos comunicacionales masivos conservadores de la radio y la televisión, pero también de la emergencia de nuevos medios, en su estructura más dialógicos, en las terminales de redes de ordenadores, de smart-phones o de tablets, de nuevas pantallas portátiles, en definitiva: de superficies para el rápido acceso a las imágenes e informaciones de nuestro mundo contemporáneo, mucho más demandantes y activas que las antiguas más ocasionales de la pintura o del muro. Detrás de estos nuevos modelos de conducta que nos proporcionan y vemos aparecer en las pantallas de la televisión se ocultan, naturalmente, ciertos modelos de conocimiento. Pues ya casi todo lo que sabemos, sentimos (imaginamos) o queremos de la economía, de nuestra política, de la sociedad, el arte y el mundo, en cada caso, lo exhortado desde los medios, lo sabe el hombre o el eremita de masas, tan sólo desde allí: desde el abastecimiento y el stock

de emisiones radiales o televisivas, desde su parrilla de programas, noticias, talk-shows: esto es, su política, su ética y su estética (y la tiene casi como su única fuente). En este mapa, en esta geografía o nueva cartografía “política” del hombre contemporáneo, en su nuevo locus espacio-temporal, impera casi exclusivamente la lógica comunicacional de estructura aún conservadora, gracias a la cual el hombre masa o los mismos pueblos -al decir del filósofo Anders- han hecho imposible la democracia:

“El hombre ya no es un ser mayor de edad (ya no) que pueda expresar por su propia boca su propia opinión. Es más un ser súcubo (un demonio que absorbe la energía de los hombres en su propio beneficio hasta dejarles agotados o muertos –según cuenta la mitología medieval), el cual, en efecto, “escucha”, siempre y únicamente; y para ser exactos, escucha lo que le viene suministrado por la radio y la televisión, pero a lo que él – la relación permanece unilateral- no puede responder (ANDERS, 2007, pág. 18)”.

b) El segundo paso o momento tiene que ver con la relación de los códigos técnicos de la comunicación con nuestro aparato sensorial-perceptual, y que se dan en nuestra época principalmente en el código visual. Códigos de la comunicación de los saberes de hoy que determinan nuestra conciencia perceptiva, nuestra imaginación, el sentimiento y la misma acción, y que describen experiencias de mundo diversas, nuevos espacios / zonas / ambientes de realidad o de posibilidad. Desde este espacio / tiempo comunicacional y tecnológico actual nuevo no se precisa o no se usa ya del todo la memoria humana, ni los vínculos de comunidad para el sentido presente o futuro de la cultura histórica. Pues, la historia, como lo viene recordando la teoría comunicológica flusseriana, emerge del código escritural, la establece éste. Antes de la invención de la escritura nada acontecía (o surgía), las cosas únicamente se sucedían. Antes de la invención de la escritura el mundo era un “happening”. No existían procesos (FLUSSER, 2009, pág. 102). Con la llegada de la imagen técnica, con la fotografía, en el siglo XIX, la historia empieza a tener

otro pie, pues admite una nueva técnica al interior de ella que integra y competirá, en lo inmediato con la pintura, o la vendrá al menos a renovar, en la era industrial, compitiendo con el hombre y su interés histórico. Cuando la historia es capturada o “tomada” en un flash, por ejemplo, desde la corriente de su devenir, el fotógrafo lo hace saltando desde un punto de vista a otro y, de ese modo, es capaz también de hacer la historia, de montarla como un efectivo director en el set de cine. Ese espacio lo describe Flusser como un gesto poshistórico. No se trata de olvidar tan sólo la historia acontecida, sino que saliéndose de ella, colocándose por encima suyo, se torna él ya un dique de ella y es capaz luego de recomponer sobre ésta misma. Cuando la letra o escritura es reseteada, esto es, desplazada, en nuestros días, por la imagen técnica, lo que se precipita es la historia. El ser humano se ve apretado por los dominios técnicos, por la comunicación visual, que desarrolla otra forma de conciencia e imaginación, otra forma de sentimiento y acción, una más anárquica y nómada, porque no comparte procesos estrictamente, que manipula técnica y económicamente sucesos y tiempos que construyen poderes impersonales e intersubjetivos (FLUSSER, 1991).

Como sujeto de la historia –claro- el hombre había sido gestor de cambios sociales que le empujaban hacia su emancipación social. En el siglo siguiente quien tomará ese escenario ya no es el hombre sino un sistema o mega-sistema de aparatos, en cuya “lógica” nos movemos y funcionamos desde hace un tiempo y con la que nos sentimos a veces igual de extrañados (ante este mundo tecnológico nuevo), porque nos apercibimos como piezas integrales de una única máquina, entregándole al experto-técnico y a sus diversas técnicas, sin hacérsenos del todo evidente, aparentemente: la responsabilidad última de las nuestras acciones. Cuando el hombre mismo deviene solo una pieza o contenido del funcionamiento ya no necesita ninguna historia sobre sí mismo, tan solo ha de imitar lo que siempre ha funcionado bien, porque no tiene fallas estructurales,

quedando en la coja comparación que con él se hace, siempre vicariamente rezagado. Anders analiza con precisión este punto, el de la presencia activa de las máquinas en nuestras decisiones, observando el efecto funesto que tuvo la tecnología última de armamento usado en Vietnam sobre la tropa que actuaba desde tierra. Cuando -y ello no a causa de un solo mandato- cinco grupos de soldados desquiciados deciden (casi por su cuenta) destrozar una aldea vietnamita, en Mylai, pero utilizando idéntica potencia bélica a la de los aparatos que desde el aire buscaban la destrucción masiva del enemigo. Por lo mismo, dice Anders:

“Llamo a la masacre de Mylai, a partir de la cual podemos descifrar la actual situación, masacre epocal porque la relación hombre-máquina alcanzó en ella un estadio cualitativamente nuevo.../ pues aquí la acción indirecta (de los helicópteros) se retro-tradujo en “términos de una acción directa” (queriendo replicar de manera inconsciente, o banal, idéntico baño de sangre como el que causaban sus aparatos a diario).

“Mientras que (en el siglo XIX) los anti-maquinistas se rebelaban contra el mundo de las máquinas como un mundo prepotente que entraba en competencia con ellos, los asesinos de masas de Mylai aceptaron su existencia como legítima o, mejor, como criterio de medida natural, justo como todos nosotros aceptamos como mundo natural el mundo de las máquinas simplemente a causa de su potencia y su carácter ineludible.

“Los hombres al mando del lugarteniente Calley sólo buscaban ser “sicut machinae”, i.e., poder hacer también lo que les estaba permitido a éstas, y no que se les impusieran tabús humanos (ANDERS, 2011, vol.2; 292).”

El último paso si es que no el primero del hombre contemporáneo está próximo a ser realizado, si le ocurre que llegue a modificar su manera de ser histórico de una forma a-histórica o, a lo sumo, en la de una recién llegada “poshistoria”, como le demandan los nuevos códigos e imágenes de las tecnologías de la información y de la comunicación.

Mediante la técnica no solo entramos en otro período de la historia -y la era atómica marca ya un límite inescrutable, que provocó ya junto a las barbaries políticas del siglo XX, que nos saliésemos de la historia. Sabiendo no sólo que su origen lo condujo el desatado desarrollo tecnológico, sino que ya desde entonces, desde agosto de 1945 (Hiroshima es un año crítico, y de inflexión posthistórica), nos hemos convertido en seres posthistóricos, cuando contamos ya con la última posibilidad de todas: la de acabar con toda posible historia de la humanidad. Pero lo que sigue sucediendo es que la humanidad, no obstante aquello, vuelca la mirada tan poco hacia atrás como hacia delante, dejando fijo su rumbo ciego y eterno en el presente. A-histórico es el adjetivo usado por Anders, tomado de la ideología marxiana-engelsiana, que admite lo histórico que se gesta desde la clase social dominante y lo a-histórico como aquello que no se hallaría aún en una relación subordinada o contraria con lo histórico de tal clase dominante, o de alguna manera vinculada con ésta. Mas, siendo la técnica -como cree Anders- el sujeto efectivo de la historia actual, aquella que dispone de nosotros, entonces no vivimos (tampoco) a-históricamente sino que “nuestra historia se ha transformado en una historia sin pausas del olvido de cada momento presente, o sea, en una historia que nunca toma conciencia de sí misma y, por eso, no es propiamente “historia”, sino una mera sucesión inadvertida (ANDERS, 2011, vol.2, pág.294).

En nuestro caso, por ejemplo y, cada vez más, lo que menos notamos o comprendemos, es la historia antigua en nuestra sociedad chilena, y salvo por las huellas dejadas de alguno que otro viejo mundo político, nos olvidamos, derribamos o aplastamos toda huella o traza del pasado que escaso e insignificante se nos presenta (y sigue presentándose) como para devolverle siquiera un espacio monumental. Y si lo olvidamos y no lo recordamos porque no hubo historia monumental, mañana sin duda estaremos prestos a

demolerlo del todo. Sin huellas o elementos culturales pasados vivos, ningún ambiente en el tráfigo de los grandes malls modernos servirá propiamente para hacer comparación alguna, donde establecer un antes y después, o recordar desde siempre el espacio ocupado por nuestros abuelos (en recuerdo de su obra y su tiempo y no por sus sobras, en los nichos). Lo moderno resulta ser también poco significativo, pues ello nunca significa como no fuera para la burguesía, siendo el hombre masificado el que se pretende instalado socialmente, fuera de la elite o clase trasformadora (o creadora) de épocas sujetas a sus propios intereses; del mismo modo que no cabe la historia en la época de desarrollo radical de la técnica, menos podría existir algo así entonces como la modernidad: (pues) o todo vendría a ser moderno o no lo sería, como lo fuerza la sociedad actual de consumidores y consumados, espacio social que no permite la esperanza para situarnos en épocas anteriores, rehusando se le ofrezca el ayer como tal que deje obsoleto a mi presente. Ya sólo se instala la feliz moda de lo nuevo, del último modelo de mercado, en la escena de una obsolescencia programada (planned obsolescence) en la economía mundial.

Lo que arrasa con el individuo que se encuentra disgregado ahora en múltiples funciones no integradas en su propio ser, es el auge del up-to-date, el imperio de la inmediata economía de consumidor, que solo “compra, usa, tira y vuelve a comprar” (Véase el Documental con el título: Comprar, usar, tirar; de Cósima Dannoritzer-TVE, 2011) “nuestro principio actual es simple: producir objetos de usar y tirar, y conferir a nuestros productos una vida corta para crear una nueva necesidad y nuevos compradores al lograr que ya no sean utilizables”; nuestro próspero plan occidental es desde Huxley: fabricar armamento, creación continua de deuda y de basura.

Epilogo (Una coda disonante – o los posthistóricos reflejos de la tecnología diaria)

1.-Existirá acaso un fenómeno más singular y sorprendente, a la vez, en el anecdotario de los eventos propiamente universitarios, que aquél en el que después de asistir a uno de aquellos eventos de actividades de extensión académica, lo perseguimos más tarde y, de pura curiosidad, buscando en su pagina virtual donde se recoge e informa de la noticia del evento, descubrimos no sin gran asombro que lo informado no se corresponde casi con lo vivido, pues al parecer no era tan grande el número de los asistentes, por ejemplo, de la audiencia del acto, si bien, a pesar de ello, la noticia también lo tiende a desbordar, como si ello hubiese sido todo lo opuesto a lo que efectivamente vivimos; y esa sensación se instala al final, es la que se asegura como efectiva, desde la pura noticia. Porque nuestra percepción allí se basa casi exclusivamente en la impresión de cobertura pública que las imágenes suelen o buscan proporcionar. ¿Acaso un acto, todo acto de extensión sobretodo, incluso el puramente docente, debe por necesidad ser destacado o registrado en línea, para lograr construir también su pequeña historia en la academia? El extremo de esta práctica sería cubrir cada una de nuestras actividades, pero lo que pretendo sugerir o deseo anticipar ahora tiene que ver con la necesidad de que la imagen fotográfica tenga que cubrir todo evento; que la fotografía acompañe sin más a la historia, pero también a cada evento que se pretenda uno histórico, ¿dónde está el límite para todo esto? ¿Basta que la máquina ahora tome los hechos, asuma los primeros planos de cualquier cosa, para dejarlos instalados como historia, como gesta humana o social? ¿Cuándo un acto individual deja de ser tal y comienza el pacto con la necesidad de quedar registrado como acontecer de la historia, de una pequeña pero relativa a otra mayor quizás? La necesidad de hoy de registro fotográfico ha tornado los sucesos en general como objetivo último de la fotografía. El matrimonio, el encuentro, la inauguración la recepción todo eventismo es evento sólo si está registrado y en la medida que ya lo fue, puede y hasta se nos podría

asegurar que forma parte de una historia particular, pero quizá incluso hasta de una más general.

2.-Otro fenómeno que parece ser cierto que no está menos relacionado con éste dice relación con las fotografías de viaje que tomamos, los registros recuerdos que nos llevamos en imágenes de los espacios turísticos, culturales, visitados, donde parece ser más fuerte e importante la grabación, la foto tomada y lo apuntado técnicamente que la sola experiencia del hombre detrás de esa cámara, aparato, o tecnología. Tanto que cuando la misma falta pareciera que el individuo quedara triste sin su registro de viajero; un huérfano ya no únicamente de la imagen sino ya de antes de la palabra.

Seguido a la marcha no profesional del turista ocasional, el mismo fotógrafo profesional, camarógrafo de tv o cine pareciera que no busca otra forma de eternidad que la de captar el mundo que está sucediéndose para sí mismo o la publicidad, y en ello se le va la vida, ya que si no consigue luego las imágenes el evento efectivamente hubiera sido imposible de testimoniar que hubo sucedido. Como si el artefacto, el aparato fuese ya el creador de la historia. Si la historia, mi historia, mi viaje, no es sin el registro: ¿quien hace la historia: el aparato o el viajero? En el siglo antepasado el historiador cargaba como el periodista con la pluma y el registro fotográfico buscaba capturar una escena del movimiento histórico del acontecimiento relevante. Pero no supeditando la historia a este registro, naturalmente. Parece ser que la continuidad de la práctica fotográfica al menos a estimado que los eventos tengan ahora su sentido desde la cámara o la imagen registrada en la fotografía o el video, y no antes desde el flujo de la historia o curso de los acontecimientos naturales humanos o sociales.

3.-Ultimo recurso destructivo de la historia. Solemos hablar de des-historización cuando

excluimos de la historia a sujetos o procesos dinámicos efectivos (o reales pero que no se constituyen desde un burdo materialismo solamente) que nos parecen estar por encima de ella o poder establecerse en forma independiente de su contexto histórico.

La historia de la filosofía occidental habría visto, asimismo, en el proceso de la des-historización una operación mediante la cual ciertos filósofos más dogmáticos, seguidores de la filosofía parmenideo-platónica, habrían querido eliminar el carácter dinámico de la realidad. La historia no debe entenderse allí como una ciencia ni como el sucederse de lo acontecido al ser humano, sino, en un sentido más amplio, como el continuo devenir de lo real. Decir que el ser es historia o histórico es otro modo de decir que es devenir. Por eso que, al afirmar que la realidad es lo inmutable, lo idéntico a sí mismo (el ser parmenideo, las ideas platónicas o las sustancias cartesianas) y que lo que cambia es sólo apariencia, los filósofos dogmáticos han «deshistorizado» la realidad. Pero, puesto que actúan con el prejuicio de que lo real es lo inmutable, ellos creen que al «deshistorizar» están otorgando a algo el «honor» de ser lo real. Creen que hacen algo positivo. Al respecto de lo dicho más arriba, sobre los medios de comunicación masiva y de las nuevas tecnologías en particular, cuando afirmamos que los nuevos medios nos des-historizan: sucedería ello no únicamente porque efectivamente en su traslado desde un código escritural al código imagético se pierde la cualidad histórica procesual que caracteriza a la escritura, perdemos el curso del tiempo vivido para esa experiencia y la puesta en escena de lo producido, sino también porque el debido diálogo no presente en los medios masivos debido a su estructura admite como permite, de antemano, la imposición de un relato y experiencia de mundo construida por los aparatos y desde los aparatos de la nueva tecnología comunicacional; es decir, que en la imagen no quede realidad experimentada en una continuidad del relato histórico, pero también que historia no es nuestra manera actual de analizar pensar e imaginar lo real sino solo una proyección sugerida y montada

desde las imágenes que nos fabricamos de todo lo que vemos o nuestros aparatos técnicos nos permiten, admiten ver de ella.

Referencias Bibliográficas:

ANDERS, Günther. Die Antiquiertheit des Menschen. 2vols. 1956/1980. München: Beck, 5a edición, 2002.

----- . La Obsolescencia del Hombre. 2vols. Barcelona: Pre-textos, 2011.

----- . Llámese cobardía a esa esperanza. Entrevistas y declaraciones. Prólogo de Ma. Elena Rubio. Bilbao: 1995.

DE VICENTE HERNANDO, Cesar. Günther Anders. Fragmentos de Mundo. Introducción a la obra de Günther Anders. Madrid: La oveja roja, 2011.

DRIES, Christian. Günther Anders. UTB-Profile. Paderborn: Wilhelm Fink-Verlag, 2009.

----- . Technik als Subjekt der Geschichte? Technik- und Gesellschaftphilosophie bei Günther Anders. Dissertation Magister Artium. Albert-Ludwig Universität, Freiburg. 2003/4.

FLUSSER, Vilém. Kommunikologie, weiter denken. Frankfurt am Main: Fischer-Verlag, 2009

----- . Kommunikologie. Frankfurt am Main: Fischer-Verlag, 2003.

----- . Medienkultur. Frankfurt am Main: Fischer-Verlag, 1997.

----- . Una filosofía de la fotografía. Madrid: Sintesis, 2001

----- . O universo das imagens técnicas: elogio da superficialidade. São Paulo: Annablume. 2008;